

José de la Colina

El narrador andante

Jorge F. Hernández

Autor de La tumba india, Tren de historias, Álbum de Lilith y Muertes ejemplares, entre otros libros de cuentos y novelas, José de la Colina es una de las figuras más destacadas de nuestra literatura. Jorge F. Hernández explora el universo narrativo de este entrañable narrador y periodista, ejemplo de libertad e independencia creativas.

En un futuro diccionario de nombres y apellidos, hasta ahora aún inédito, es muy probable que se consigne la acepción *narrador andante* como sinónimo de un “José de la Colina” en particular. Dicho diccionario del futuro deberá incluir entre sus muchas definiciones que el “José de la Colina” al que admiro es un *jugador de palabras y domeñador de letras, que es lector incansable y minucioso, cinéfilo de gran nivel, habitante de libros, fabulador afortunado y de entrañable aliento* para escritores dispuestos a considerarse siempre en ciernes. Por ende, es comprensible que muchos escritores que no escriben, lectores que no leen y dizque cinéfilos que no acostumbran ver películas ni en la comodidad de sus hogares no comprendan la generosa sombra del apostolado cultural que ha ejercido José de la Colina a lo largo de muchos años.

Consta que ya se ha grabado en tinta esa definición de José de la Colina como un árbol de inmensa sombra, cuyas diversas ramas literarias han dado muchos párrafos en flor e incontables frutos. Sus lectores le somos agradecidos exponenciales, pues cada vez que se leen sus páginas aumenta el silencioso aplauso de nuestro reconocimiento más sincero, el que se expresa precisa-

mente a través de la lectura. Sean sus ensayos sobre cine o sobre muchos libros, sus críticas literarias o sus guías bibliográficas, José de la Colina tiene una pluma luminosa que irradia límpida energía, contagiosa y afín a diversos intelectos. Así se leen los artículos periodísticos que publica semana a semana bajo los títulos de “Los inmortales del momento” y “Carta de Esmóxico City”, pero así también se leen sus cuentos, crónicas y relatos en libro, pues todos sus párrafos se inscriben en ese ánimo de luces tipográficas que iluminan los caminos del lector, contagiándolo de fervores e inoculándolo con emociones y sensaciones que, entre muchas otras cosas, por lo menos enriquecen la imaginación.

Si en el anhelado, por necesario, diccionario de nombres y apellidos deciden incluir notas biográficas o semblanzas al vuelo deberán entonces consignar que “José de la Colina” nació en Santander, el 29 de marzo de 1934, y que las horrorosas sombras que proyectó la Guerra Civil sobre el paisaje de España obligaron a su familia a buscar otras geografías para la vida y así, la infancia de nuestro José de la Colina transcurrió entre Francia, Bélgica, Santo Domingo y la isla de Cuba hasta encon-

trar en el mapa a México en 1940. Aquí transfirió sus raíces, estudió en el Colegio Madrid, fincó amistades que le perduran hasta la fecha y que son materia de un ya muy próximo libro titulado *La mar en medio* en donde reúne retratos y viñetas, anécdotas y recuerdos de toda una legión de diversas generaciones de exiliados, *refugachos* o transterrados españoles que bien podrían quedar signados bajo el título del primer libro que publicó De la Colina, *Cuentos para vencer a la muerte*, cuyo título resume y explica perfectamente el periplo de su destierro y el desenlace de sus respectivas aventuras.

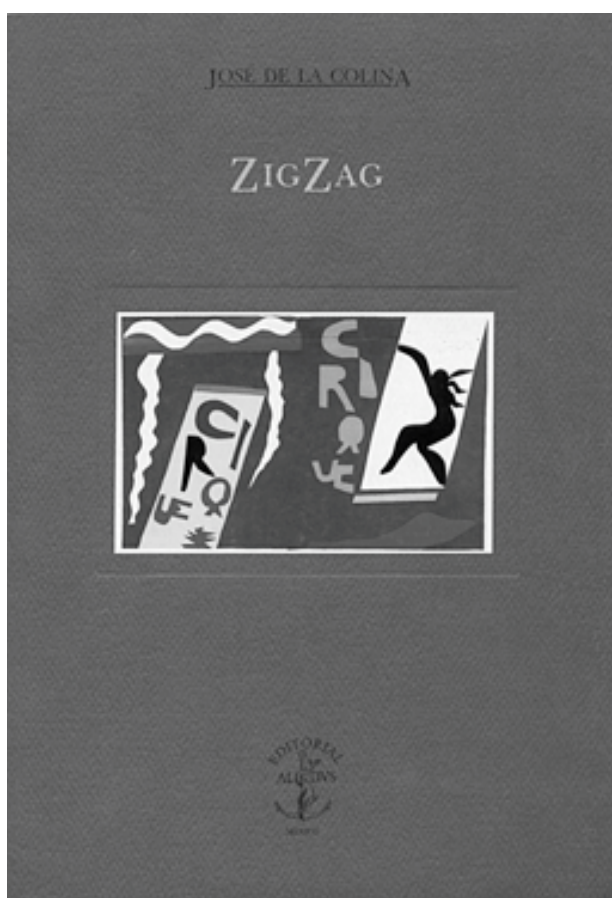
Consta entonces que José de la Colina venció a la muerte con la literatura, con la pasión por el cinematógrafo y lo cinematográfico, y por la lectura a conciencia de los escritores que le han fascinado. Su vida proyecta una tomografía que re vela la colaboración prolífica y asidua en más de una docena de revistas, la activa e ingeniosa participación en muchas empresas culturales y el apostolado literario con el que ha nutrido a no pocas generaciones de cuentistas, novelistas, dramaturgos, guionistas y lectores en general. Es importante subrayar que el apostolado literario que ha diseminado José de la Colina a su paso por diferentes y variados corredores y pasillos, aulas, cubículos y párrafos del llamado mundillo literario han sido lanzados gratuitamente por la mirada risueña que conserva bajo las viseras de su gorra infaltable, allí donde fermenta una pasión sin pedanterías por la literatura y lo literario que llevamos todos en vida, el mero goce de jugar con las palabras, la elevación de los

chistes y de las anécdotas a la categoría de géneros literarios, y allí donde contagia su pasión por la cinematografía, los libros entrañables, la correcta pronunciación del idioma francés, la inquietud incesante por todos los temas en donde lo minúsculo se vuelve monumental, lo efímero una eternidad y lo invisible entrañable.

Pocos escritores conocen las entrañas de un texto desde su anatomía en picas y galeras. De la Colina es de los anatomistas de cada palabra, veedor de esdrújulas, detector de gerundios incidentales y preocupado investigador de las sílabas perdidas. Es además el cuentista que mide perfectamente el chiste que encierra una buena historia y la tragedia instantánea que emerge de una circunstancia desatendida. Es capaz de imaginar escenarios imposibles, que no por eso dejan de ser factibles y su escrutador lector sabe descubrir los engaños de los escritores que optan por la pose o que mienten por pretenciosos. Además, aunque pocos acepten la sana envidia del hecho, lo sabemos todos: José de la Colina es un auténtico narrador que ha vivido, sobrevivido, vive y sobrevivirá por lo que escribe y por lo que ha escrito. En el enfangado e ingrato mundillo de los muchos dizque escritores que no son más que tinterillos, arrastralápices, o peor aún, funcionarios o burócratas más preocupados por el ascenso administrativo y las partidas presupuestales que por el devenir incierto de los párrafos que se escriben con el corazón, es de honra ejemplar y magia loable conocer la sabia literatura y abreviar de la savia honesta de José de la Colina, auténtico narrador andante.

Va para el futuro diccionario de nombres y apellidos que *narrador andante* como “José de la Colina” es aquel que no puede apoltronarse en el escenario de la realidad sin pensar en ni mitigar la necesidad de moverse; es el que opina, porque siente e intenta escribir una explicación que mitigue la desolación o alerte el entendimiento. Es andante el escritor que distingue entre quien lee en voz alta sin escucharse a sí mismo y quien lee en silencio aprehendiendo cada palabra, contrastando los párrafos en la memoria. Hablo del escritor que anda por el mundo con la mirada atenta a todo lo visible y la mente abierta a todo lo invisible. El escritor que camina sin rumbo fijo aunque tenga definido un cierto destino, tal como he leído a José de la Colina en *Libertades imaginarias* (Aldus, 2001), *Muertes ejemplares* (Colibrí, 2004), *ZigZag* (Aldus, 2005), *Personerío* (Universidad Veracruzana, 2005) o el ancho volumen recopilatorio de casi todos sus relatos, *Traer a cuento. Narrativa 1959-2003* (Fondo de Cultura Económica, 2005).

Lo he visto recorrer la Ciudad de México del tingo al tango, sonriente aunque parezca que va serio, pensante aunque parezca distraído y lo he leído en zig-zag entre cuentos y cuentínimos que florecen en tramas cortas, entre recuerdos de anécdotas intemporales y entre juegos de palabras que nos han hecho llorar de risa. He visto



que siempre lleva una gorra que parece amoldarse tanto a los climas como a sus ideas y no será por la pluma que a veces se asoma en el bolsillo de su camisa o por los libros que lleva bajo el brazo, pero cualquiera que lo observe en la vía pública o en el dintel del elevador de un edificio sabe perfectamente que se trata de un escritor. Ya lo he dicho, este hombre escribe mucho, libros y artículos dispersos, notas, reseñas y toda la tinta posible, pero además escribe incluso cuando no escribe, pues camina como quien redacta, se desplaza andante como quien hila referencias o citas y se detiene en las esquinas como quien evoca un párrafo que parecía olvidado o a punto de quedar redactado bajo la visera de su gorra.

Queda entonces para las páginas de un hipotético diccionario la ardua tarea de incluir bajo las muchas acepciones que le corresponden a José de la Colina como *narrador andante*, las particularidades que lo distinguen de los otros muchos tipos de escritor u hombres de letras. Adelantemos que se trata de un cuentista que escribe las tramas que inventa como quien las narra en sabrosa sobremesa, más preocupado por el indispensable espasmo que debe causar una buena narración que por las filigranas innecesarias en la descripción de detalles que no vienen a cuento. Estamos ante un generoso editor que ha promovido incontables párrafos ajenos a través de su larga y ancha labor al frente de diversos proyectos culturales, en particular, su apostolado en el ya legendario suplemento cultural del periódico *Novedades* en donde debutaron los textos y las firmas de muchos de los escritores que ahora pueblan el distinguido paisaje actual de las letras mexicanas y en donde tuvieron ventanas y puertas abiertas muchos autores de otras épocas que habían caído en la nociva amnesia y perniciosa ignorancia del olvido propinado por el paso del tiempo. Estamos ante un feliz adicto a las magias del cine que convivió de cerca con el gran Luis Buñuel y que parece hablarse de tú con los legendarios actores y actrices de las mejores películas en blanco y negro, y por ende, estamos ante un escritor que es al mismo tiempo proyector de películas, con tan sólo mentarlas de paso, recomendarlas con sincera adrenalina o recrear alguna escena con los ojos llenos de cine.

José de la Colina es un narrador andante que recorre libremente los muchos versos de poetas entrañables que se sabe de memoria, sin que conste que haya tenido a lo largo de su vida él mismo una propensión por expresarse en poesía. Es un narrador andante que navega sobre un mar infinito, apacible aunque crecido de oleajes diversos; un almirante de pensamientos impresos, capitán de historias bien contadas, marinero de imágenes en pantalla, corrector de algas tipográficas, lector de espumosas olas, observador de las estrellas, bienvenido en cada puerto. Más que un paseante distraído es un peregrino de la palabra, propia y ajena, un caminante verbal que tiene clara la bitácora sincera de sus afectos y lecturas, que se detiene para leer-



José de la Colina

le la mirada a un gato o para contemplar las rimas que se cristalizan en la sonrisa de una mujer hermosa, lo mismo que es capaz de distinguir las ingratas maldades y los abusos impunes de quienes creen tener siempre la razón en todo y contra todos. Es un narrador andante que lleva el paso seguro como un buen ritmo de lector, el que puede perderse en los paisajes de un párrafo sin importar que alrededor se mantenga el escenario bizarro de un vagón anaranjado poblado de biografías desconocidas y miradas perdidas. Es un auténtico maestro, más propenso al ejercicio de la mayéutica humanista que a la pontificación pedante desde una cátedra endeble y es un amigo entrañable con el que no me alcanzarán nunca los párrafos para intentar saldar la inmensa deuda de gratitudes diversas que le debo desde el día que lo conocí y desde el momento en que lo leí por primera vez: raras instancias, pues como buen narrador andante, uno nunca sabe en qué rincones de la Ciudad de México se puede aparecer su figura inconfundible y uno puede leer sus páginas ya memorizadas como si fuera la primera vez en la vida que nos inundan la vista con ese mágico imán que distingue a los auténticos escritores. A uno no le queda más remedio que esperar, con inevitable impaciencia, que editen de una vez por todas el muy necesario *Diccionario de nombres y apellidos* en donde haya claras explicaciones a la definición de José de la Colina, inmortal de todos los momentos, contertulio de muchas generaciones de literatura pura, cuentista impecable, cronista ingenioso, reseñista preciso, cinéfilo sincero, amigo entrañable y narrador andante... A uno no le queda más remedio que intentar seguirle los pasos..., o, por lo menos, leer sus párrafos. [1]